

Fundamentos Los estados de la cuestión

Nadie se baña dos veces en las mismas aguas: el sí mismo como devenir. Reflexiones en torno al sujeto y las subjetividades contemporáneas

PATRICIA DIMATÉ CASTELLANOS¹

¿Qué es lo que somos? ¿Cómo se llega a ser lo que se es? ¿Por qué somos como somos?, son preguntas que se ha hecho el hombre desde la antigüedad hasta la época contemporánea y que han suscitado fecundas reflexiones en torno a la condición humana, a cómo cada individuo llega a constituirse en la persona que es y cómo se va configurando y expresando como subjetividad, como ser único pero al mismo tiempo habitado por la voz ajena, pues la presencia del otro, del vínculo social, es la condición de posibilidad de su existencia como sujeto.

Ser sí mismo, llegar a ser lo que se es, es algo cambiante según las épocas y las condiciones de producción de subjetividad varían históricamente. Cada época cuenta con sus dispositivos, con sus modos propios de subjetivación en los que se articulan formas de saber y poder político en una cierta época y bajo unas determinadas circunstancias que nos determinan.

¹ Psicóloga, Universidad Nacional de Colombia; Gerencia de Proyectos Educativos, Universidad Distrital Francisco José de Caldas; Magíster en Literatura Hispanoamericana, Instituto Caro y Cuervo.

Las subjetividades

*Cada sujeto expresa el mundo desde cierto punto de vista.
Pero el punto de vista es la diferencia, la diferencia interna y absoluta.
Cada sujeto expresa pues un punto de vista absolutamente diferente;
y sin duda el mundo expresado no existe fuera del sujeto que lo expresa [...] sin
embargo el mundo expresado no se confunde con el sujeto [...], está expresa-
do como la esencia no del sujeto, sino del ser. [La esencia] al plegarse sobre sí
misma, constituye la subjetividad. No son los individuos los que constituyen el
mundo, sino los mundos plegados [...] los que constituyen los individuos.
Proust y los signos.*

DELEUZE²

La noción de subjetividad es un concepto polisémico y el sentido del concepto cobra diferentes significados dependiendo del campo de conocimiento desde el que se le analice. La problemática de la subjetividad ha sido estudiada desde la antigüedad por la filosofía desde las explicaciones del alma y, con posterioridad, por las humanidades y las ciencias sociales de la antropología, la lingüística, la sociología, la historia, los estudios de las religiones y la mitología, el psicoanálisis y el marketing, entre otras.

Según como se emplee el término subjetividad, bien sea para referirse al conocimiento o al sujeto, nos conducirá por caminos distintos de reflexión y significación. Desde la mirada de la teoría del conocimiento, la subjetividad es la cualidad de lo subjetivo que alude a lo que pertenece al sujeto y que marca una oposición con lo externo, con lo objetivo. Es una mirada dualista objetivo-subjetivo.

Desde su otro significado, la subjetividad se concibe como la capacidad del sujeto para constituirse a sí mismo como individuo, concepción que apunta al campo de acción y representación de los sujetos situados en sus condiciones políticas, socioculturales, familiares:

La subjetividad está dada por la experiencia, como el cúmulo de hechos vividos que nos constituyen y acompañan durante toda la vida como individuos; de ahí que podamos decir que ella es un

² En Martínez, J., y Neira F., 2009: 15.

producto, un momento en las coordenadas históricas que permiten hablar desde la experiencia que se realiza en lo subjetivo, lo individual, lo propio, lo diferente del otro (Martínez Posada, J., Neira Sánchez, F., 2009: 15).

Es el sujeto de la experiencia, en cuanto a la posibilidad de transformación y de ser de otro modo.

También la subjetividad se instituye socialmente, deja marcas, moldea al sujeto, pues las sociedades generan dispositivos o modos de subjetivación a través de sus instituciones disciplinarias y sus ejercicios de normalización y control. Así las subjetividades –entendidas como la forma de construir lo que somos y de relacionarnos con los demás y con el mundo– no son algo del orden natural e inmodificable a través del tiempo, pues las condiciones de producción de subjetividad varían históricamente. «Los hombres no disponen de una naturaleza extrasituacional sino que lo que los hombres son es el producto de las condiciones sociales en que se desenvuelven» (Corea y Lewkowicz, 1999: 192).

Cabe también reseñar la perspectiva de la psicología social y su concepto subjetividad colectiva, que hace referencia a la dimensión social de la subjetividad. Este concepto se desarrolla a partir de los aportes de Pichon-Rivière, que la define como «noción que da cuenta de los denominadores comunes de la estructuración subjetiva de los integrantes de un determinado conjunto social» (Fabris, 2011: 23), mientras que Castoriadis la relaciona con los procesos de creación de sentido instituidos y sostenidos por formaciones colectivas.

La subjetividad colectiva supone una dimensión específica de tipo psicosocial del proceso socio-histórico y de la vida cotidiana que tiene significaciones culturales y políticas y dentro de la cual importan particularmente las formas de estructuración psíquica de los sujetos y el sentido psicológico de sus conductas. Puede ser tipificada en términos de subjetividad social fragmentada, disociada, ambigua, integrada y/o colapsada. (*idem*: 38).

Subjetividades socialmente instituidas

La historia de las subjetividades parte de postular que la naturaleza humana tiene carácter situacional y cada situación engendra su humanidad específica. Esa naturaleza humana situacional es resultante de las condiciones sociales e intraducibles de una situación a otra. No supone una historicidad a la manera del historicismo en el que la subjetividad despliega en el tiempo todas sus características. «Se trata de la variedad de recursos instituidos con los que cuenta un sujeto para habitar un dispositivo determinado» (Lewkowicz, 1999, s. p.) y la experiencia humana es el terreno de sentido de estas significaciones socialmente instituidas.

En el plano individual, la subjetividad socialmente instituida resulta de las marcas prácticas sobre la indeterminación básica del recién nacido. Este recibe una serie de «marcas» de diverso tipo, que ordenan y producen una limitación de su actividad e intentan estructurarlo. Estas marcas instauradas en el proceso de intersubjetividad reciben una serie de compensaciones a cambio de la totalidad ilimitada e informe que el recién nacido era hasta entonces. En este sentido, la producción de subjetividad «es resultado de la instauración de unas marcas efectivas sobre una carne y una actividad psíquica, lo cierto es que estas marcas, logrando por un lado su resultado, por otro producen un campo de efectos secundarios, ineliminables e invisibles (*ídem*).

Según Corea y Lewkowicz (1999), esto opera a través de los diferentes discursos sociales:

[...] las prácticas de los discursos instauran las marcas estructurantes; los enunciados de los discursos instauran los significados básicos de esas marcas. La marca deviene significativa. La herida tiene sentido: la subjetividad queda determinada por esas marcas y ese sentido. Sin embargo, la subjetividad instituida jamás es exhaustiva. La instauración misma produce un envés de sombra (196).

Este envés de sombra es un plus, un exceso, pero principalmente es el efecto singularizante de la subjetividad instituida en serie y que no es asimilable a lo social instituido. Como efecto de las instituciones visibles se da un envés de sombra invisible que también depende del tipo de

prácticas de producción de la subjetividad. Si varía la subjetividad instituida, varía el envés de sombra que se relaciona con los procesos de lo inconsciente en cada sujeto.

Subjetividades modernas

Desde esta perspectiva de las subjetividades cambiantes e históricamente determinadas, la polémica en torno al sujeto y las subjetividades reconoce claramente la tensión entre las subjetividades modernas y las subjetividades contemporáneas que ahora se abren paso, ambas como formas históricas en que se realiza lo humano.

En el campo de las subjetividades esta tensión se expresa en la oposición entre la noción del «yo» cartesiano propio de la modernidad y sus nociones de individuo, naturaleza humana y conciencia, y la noción de sí mismo de la filosofía contemporánea, que se constituye y autoconstituye siempre atravesada por la noción de poder, en torno a nociones como devenir, sí mismo, técnicas de sí, biopolítica..., sustentada en los andamiajes conceptuales de filósofos como, entre otros, Nietzsche, Foucault, Deleuze, Guattari y Derrida. (Vignale, 2011: 73).

Descartes inaugura la concepción moderna de la subjetividad al aportar una respuesta a la pregunta por el ser partiendo del sujeto, del *cogito* cartesiano, del sujeto de la razón, que se sustenta en la relación sujeto-objeto, en la que la categoría de sujeto supone siempre la de objeto y el objeto es lo que el sujeto determina como tal y que marca el surgimiento de la idea de hombre como sujeto y también el inicio de la filosofía moderna. Descartes inaugura una manera radicalmente nueva de concebir al hombre y la naturaleza, marcando así un viraje en la historia de la comprensión de lo humano.

Se pasa de un orden dado por Dios a un orden producido por el hombre racional que está en el centro y debe organizar el mundo, descubrir sus leyes y construir sentidos. Surge así la idea de sujeto moderno que posee una identidad fija, y se relaciona con la naturaleza y con el otro como exterioridad; es el sujeto pensante en la ciencia y el sujeto de la intimidad, de la conciencia de sí y del yo.

Para la subjetividad moderna el mundo existe en tanto es representado por un sujeto, es la conquista del mundo como imagen construida por el hombre que inaugura un modo radicalmente nuevo de concebir al individuo y la naturaleza. Se afirma la idea de que el sujeto se diferencia del mundo y es el único libre, puesto que puede separarse de la causalidad y de la determinación natural, libertad que se ejerce en la acción moral, en el ámbito de su interioridad. En tanto el sujeto moderno es capaz de descifrar el mundo, en consecuencia puede dominarlo, perspectiva que da lugar a la ciencia moderna que crea su objeto, lo delimita, lo observa «objetivamente», lo mide, legisla sobre él y lo predice.

Esta concepción moderna del sujeto encierra en sí misma una contradicción que será develada por el pensamiento crítico posestructuralista y posmoderno, como bien lo señalan Dabas y Najmanovich, (1995):

[...] el sujeto de la Modernidad, el que cree tener un punto de vista semejante a la perspectiva de Dios, es decir externo al mundo, absoluto y universal, aquel que se separa de la naturaleza para dominarla, aquel que hace del saber un poder, es el mismo que no puede dar cuenta de sí, porque está fuera del cuadro del universo, como el pintor de la perspectiva. La suposición de un conocimiento objetivo eliminó la subjetividad del sujeto como algo digno de ser tenido en cuenta por la ciencia o por la sociedad. Las emociones, las pasiones y la imaginación debían ser dominadas al igual que la naturaleza. El sujeto del universo-reloj es él mismo un autómatas capaz de objetivar, un puesto de trabajo en la línea de producción. (citado por Giaccaglia, M. 1995: 121).

Un rasgo característico de la modernidad: las sociedades disciplinarias

El concepto de sociedades disciplinarias fue propuesto por Foucault a través de sus estudios históricos de las sociedades, en los que realiza una correlación entre las prácticas sociales de encierro de los siglos XVII y XVIII en Europa Occidental, época en que sitúa el momento fundacional de esta moderna tecnología de poder, la sociedad disciplinaria, que

obedece entre otras a un crecimiento de las fuerzas productivas y el incremento demográfico de la época, lo que le planteó al viejo continente un doble problema: el traslado de la ilegalidad de los cuerpos hacia los bienes (delincuencia) y la amenaza de la pérdida del control de las viejas técnicas penales de encauzamiento de los individuos. (Foucault, 1976).

En las modernas sociedades disciplinarias (denominadas así por oposición a las anteriores sociedades estrictamente penales, que se conocían por sus castigos brutales) la disciplina se convierte en la forma más difundida de dominación, pues surge la necesidad de castigar de otro modo; ahora el castigo recurre a formas más veladas y se le da mayor importancia a la vigilancia y observación de los individuos que al castigo físico mismo.

En las sociedades disciplinarias el poder se ejerce a través de una difusa red de dispositivos que estructuran lo social y presentan lógicas adecuadas a la razón, regulan las costumbres, los hábitos, las prácticas productivas y producen un tipo de sujetos. Este «disciplinamiento» se opera a través de las instituciones disciplinarias de sujeción y control –entre ellas la escuela, la fábrica, la universidad, el asilo, etcétera–, que aseguran la obediencia a sus reglas y a sus mecanismos de inclusión y/o exclusión y en las que el poder se ejerce a través de formas sutiles como la mirada de maestros, jefes y funcionarios políticos. El poder disciplinario de las instituciones modernas inaugura una forma de castigo silencioso que opera con la finalidad de producir cuerpos domesticados. (Foucault, 1976).

El poder disciplinario se despliega estructurando los referentes y estableciendo los límites del pensamiento y las prácticas, sancionando y prescribiendo los comportamientos esperados como normales. En este sentido, es necesario precisar que la disciplina no es simplemente una norma, sino que ante todo constituye un ejercicio de poder, como lo aclara Foucault:

La “disciplina” no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato, es más bien un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas;

es una «física» o una «anatomía» del poder, una tecnología (Foucault, 1998: 218).

Foucault, en la construcción teórica para entender los procesos de subjetivación en la sociedad disciplinaria, precisa que estos se realizan a través de las denominadas «tecnologías» como la vigilancia, la corrección, la disciplina y el control, mediante las que se construyen y constituyen modos de subjetivación, que varían en los diferentes momentos históricos, representados en tipos de sujetos como el sujeto dócil, el sujeto normal, el sujeto jurídico, en el caso de las sociedades modernas.

En el ámbito de lo político, las sociedades disciplinarias se organizan en torno a la idea de estado-nación y sus nociones de tierra, patria, raza, frontera y ley, y el «sujeto se define por su pertenencia a un suelo y a la sangre (causas tradicionales del derecho de ciudadanía), más allá de los cuales la ley ya no funciona, y aparece lo extraño, lo bárbaro, lo otro, que en tanto tal debe ser asimilado o destruido» (*ibídem*: 121), y su función consiste en la defensa de la propiedad. Este estado-nación deviene en una máquina que delimita territorios, produce otros, crea diferencia racial y piensa al otro sometiéndolo a los propios modelos de identidad o excluyéndolo (*ibídem*: 120).

Subjetividades contemporáneas

Con la incorporación de nuevas tecnologías de información y la comunicación a la vida cotidiana, entre ellos las computadoras, los videojuegos, los lenguajes digitales, el Internet, la cibermemoria, la telefonía inalámbrica, el *WhatsApp*, los bancos de datos, la banca electrónica, el comercio virtual, las antenas parabólicas, etcétera, se ha producido una radical transformación de nuestra vida cotidiana que señala una nueva etapa en el desarrollo de la humanidad denominada sociedad de la información, o aldea global, o era electrónica, o sociedad del ocio, entre otras denominaciones, y ha surgido una nueva economía a escala mundial.

Las sociedades de la información

*A partir de nuestro ingreso a Internet algo cambió:
adquirimos un ticket de un viaje sin retorno hacia un nuevo continente,
ahora no físico sino virtual. Y en ese horizonte, de la misma manera
que los navegantes del pasado se enfrentaban a cientos de peligros,
también se asumen numerosos riesgos.*

FABIÁN SANABRIA

La sociedad de la información en la que estamos entrando se caracteriza porque su estructura se apoya en el procesamiento de la información antes que en la producción industrial. «Este cambio tecnológico e industrial se caracteriza por ser un modelo de producción que, en lugar de exigir el consumo de grandes volúmenes de energéticos, finca su éxito en la generación, difusión y consumo de grandes inputs de información», y la electrónica es eje en torno al cual se reestructura la inversión y la economía internacional y su demanda masiva de tecnología y bienes informáticos (Esteniou, 2003, s. p.).

Con el desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) se ha transformado la estructura misma de las sociedades actuales por los cambios que han introducido en el paradigma productivo y en la transformación cultural, social y las formas de apropiación del conocimiento. A partir de la cuarta generación de tecnologías de información, desde 1990 al momento actual, en particular con el surgimiento de Internet y sus fenómenos interactivos derivados, se ha ido transformando a pasos gigantescos la estructura cultural y comunicativa de la sociedad, originando un nuevo modelo de comunicación virtual: el ciberespacio.

Y si bien el ciberespacio genera posibilidades de comunicación e interacción, genera en su interior evidentes exclusiones, y ejercicios de poder y dominación a través de las redes de información, aunque también abre una posibilidad a la imaginación y a la creatividad social (Rueda, 2012).

El ciberespacio como un nuevo espacio público

En las sociedades contemporáneas Internet actúa como una tecnología de convergencia y como un intermediario técnico-cultural entre las relaciones sociales, dando origen a nuevos fenómenos de comunicación, relación, información y participación grupal, y transformando absolutamente el proceso comunicativo de interacción y respuesta entre emisor y receptor, pues el emisor se convierte en receptor y el receptor en emisor, en condiciones de mayor apertura e igualdad comunicativa y contribuyendo a la emergencia y mantenimiento de un prototipo de subjetividad. (Esteniou, *Op. cit.*)

El Ciberespacio permite la construcción de un nuevo tejido social de redes tecnológico-sociales de intercambio que origina un nuevo espacio público de interacción social y de construcción de identidades, caracterizado por ser una zona libre, donde cada vez más se producen un creciente número de las relaciones humanas e institucionales de intercambio simbólico o informativo.

Este nuevo espacio público del ciberespacio ha producido una transformación de las reglas de interacción social tradicional y ha generado nuevas formas virtuales de socialización y participación grupal, en el que las realidades o procesos que suceden son representaciones de la realidad construidas a partir de imágenes, códigos y símbolos; es decir, opera en un terreno esencialmente simbólico.

Su forma de interacción colectiva ha generado cambios significativos en las relaciones individuales y grupales que han modificado las formas de interacción humana y estimulado nuevas mentalidades, comportamientos y costumbres individuales y grupales que los estudiosos han denominado el homo ciberespacial, que indudablemente constituye un nuevo modo de ser y estar en el mundo, un nuevo modo de producción de subjetividades (*ibídem*). Comprender estas «realidades» virtuales es un primer paso para poder proponer nuevos modelos de comunicación, interacción y aprendizaje colectivo en la escuela, y crear y apropiarse modelos pedagógicos que incluyan el ciberespacio como espacio colectivo y horizontal de aprendizaje.

Sociedades de control

[...] el problema del mundo contemporáneo no es otro sino el sujeto. Un protagonista que está indeciso, en fuga permanente, en la constante partida de todo, hasta de sí mismo; un protagonista que se mueve entre lo que cree querer y lo que quiere creer, que está delimitado por la ambivalencia y la ambigüedad –lo que lo convierte en ficción–, un protagonista que coquetea en la liquidez, al que no queda otra opción que la desconfianza, el miedo y la inseguridad, un protagonista solitario.

CAMILO RÍOS

En las sociedades modernas la disciplina impuso una sociedad donde los cuerpos se regulan por la disciplina que marca ritmos y rutinas, a partir de la construcción de un yo bajo la razón y la norma. Sin embargo, diversos autores como Deleuze coinciden en señalar que, luego de la II Guerra Mundial, la tendencia en el orden de la disciplina es ir poco a poco sustituyendo la disciplina por el control, por un régimen de control abierto, en el que la comunicación y la información toman la delantera en las denominadas sociedades de control.

Es Deleuze (2006) quien inicia la caracterización de las sociedades de control y las define como un escenario abierto en el que se practican nuevas y diferentes formas de dominación, que se determinan por su sutileza y flexibilidad; es un proceso que se da en forma de ondulación: «es de corto plazo y ágil, pero al mismo tiempo es continuo e inacabado y configura subjetividades fundamentalmente endeudadas» (citado por Ríos, C., s. f).

Ahora se trata de regular no los cuerpos sino las mentes, haciendo del control sobre la vida un control sobre los estilos de vida: «las sociedades de control modulan los cerebros y constituyen hábitos especialmente en la memoria espiritual» (Lazzarato, citado por Jaramillo A., 2009: s. p.). Deleuze (1999) en su célebre *Post scriptum* sobre las sociedades de control sostiene que:

El control en este tipo de sociedad se ejerce fluidamente, en espacios abiertos, en forma desterritorializada, mediante los psicofármacos, el consumo televisivo, el marketing, el endeudamiento privado, el consumo, entre otras modalidades. Lo esencial en ellas son las cifras fluctuantes e intercambiables como las que muestran

el valor de una moneda en las otras, el movimiento incesante del surf que sustituye los deportes lentos y estratégicos como el box. Las fábricas son reemplazadas por las empresas que son formaciones dúctiles y cambiantes, las máquinas simples por sistemas computarizados de producción y control. La individualidad es sustituida por “dividuales” externos, informatizados e informatizables, que se desplazan en un espacio virtual (5-6).

Las sociedades de control se caracterizan porque todo es flexible, líquido y cada individuo forma parte de un enorme archivo virtual que permite, entre otras cosas, dirigir el consumo.

Todo se resuelve con el “track, track” de la tarjeta de crédito. Pero cada vez que usamos la tarjeta, cada vez que enviamos un e-mail o que miramos una página de Internet, vamos dejando rastros, huellas. Vamos diciendo qué consumimos, con qué nos entretenemos, qué opinión política cultivamos. Y cuanto más dentro del grupo de pertenencia está un individuo, más se multiplican sus rastros (*ídem*).

Según Deleuze y otros pensadores contemporáneos, hoy en día los sujetos ya no se constituyen desde la base de instituciones disciplinarias sino desde afuera de dichas instituciones, a través de un nuevo tipo de máquinas informáticas, como el marketing, que se considera como un instrumento básico para las nuevas estrategias empresariales³ (Castro, S., 2009: 27). Estas máquinas informáticas hacen una gestión sobre la vida para construir perfiles mayoritarios de subjetividad sobre los cuales empieza a funcionar el capitalismo de consumo.

Ahora bien, este sujeto de las sociedades de control es el sujeto que vive en la incertidumbre de la multiculturalidad política, sexual, racial, económica, en la liquidez, en el ciberespacio, en lo mediático; las formas de control son diferentes: «El cajero automático es un sistema de regulación y de control sin significado, ya que me recuerda sin cesar el saldo

³ Deleuze hace distinción entre fábrica y empresa. Porque mientras la fábrica opera sobre los cuerpos –limpios, rendidores, obedientes–, de acuerdo con el ritmo de las máquinas industriales, por el contrario la empresa actúa sobre los deseos, conforme a la operación de las máquinas informáticas. Es decir, mientras la fábrica disciplina los cuerpos, la empresa modula los deseos.

de mis signos sin poder, y modula así, constantemente, la necesidad de trabajar» (Lazzarato, citado por Castro S., 2009: 37). Entonces, si en las sociedades disciplinarias se tenía un control delimitado al espacio y al tiempo, con un margen de libertad amplio, en las sociedades de control, por el contrario, es muy poco el margen de libertad, pues la sociedad está controlada por completo en su interior, estamos en el mecanismo desde la mañana hasta la noche, desde el nacimiento hasta la muerte (Lazzarato, 2007: 95-90, citado por Ríos).

Subjetividades alterdirigidas

Aparece un tipo de yo más epidérmico y dúctil, que se exhibe en la superficie de la piel y de las pantallas. Se trata de personalidades alterdirigidas y no más introdirigidas, construcciones de sí orientadas hacia la mirada ajena, o exteriorizadas.

PAULA SIBILIA

Paula Sibilía, investigadora argentina (2012 y 2012b) analiza cómo los modos de subjetivación se han ido transformando en la época actual, en contraste con los modos de subjetivación existentes para el individuo moderno. Pues si bien existen evidentes continuidades entre ambos tipos de sociedades –moderna y contemporánea– y sus respectivos modelos de subjetividad, se observa una ruptura -fruto de una serie de factores económicos, políticos y socioculturales- que empezó a perfilarse en la segunda mitad del siglo xx y que actualmente se materializa entre nosotros.

Considera que es posible identificar diferencias profundas entre estos dos modelos de subjetividad o «modos de ser y estar en el mundo», históricamente constituidos. Estas diferencias se producen a partir del desplazamiento del eje en torno al cual este yo se construye. De la interioridad a la visibilidad está la espectacularización del yo: hoy las apariencias son las esencias. (Sibilía, 2012b, s. p.).

Caracteriza la constitución de las subjetividades modernas, propias de las sociedades basadas en una economía industrial, por la construcción de un yo sobre la base más o menos sólida y estable de la «interioridad psicológica». Modo de subjetivación que se instauró de modo hegemónico durante más de dos siglos en las sociedades, a lo largo del siglo XIX

y buena parte del xx, en las que la construcción del yo se producía en un espacio separado del ámbito público y de la intromisión ajena mediante sólidos muros y puertas cerradas:

La privacidad y la intimidad eran necesarias para poder «ser alguien» en ese universo, para convertirse en un sujeto moderno y estar en condiciones de producir la propia subjetividad. La soledad y el silencio eran requisitos fundamentales para ejercer esa autoconstrucción... (*ibídem*).

Sin embargo, en los últimos años, estas tecnologías del yo han perdido relevancia ante los ritmos y sus modos de vida contemporáneos, en los que han aparecido otros instrumentos más adecuados para la autoconstrucción y la socialización –como las redes sociales–, y la importancia de la cultura letrada va siendo relevada por la imagen. Se apuesta principalmente al valor de la visibilidad, mientras que aquella instancia «interiorizada» de la subjetividad moderna pierde sus viejos sentidos: «si algo o alguien no se ve (o no sabe mostrarse), no tenemos garantías de que exista».

Igualmente, la época actual y la socialización a través de las redes imponen la necesidad «de administrar al yo como una marca bien posicionada en el competitivo mercado de las personalidades». Para fortalecerse y para constatar su existencia debe, a cualquier precio, hacerse visible; el codiciado trofeo es ser visto cada vez más; hay que aparecer para ser (*ídem*).



Fuente

Estas transformaciones históricas de los modos de ser señalan un desplazamiento del eje en torno al cual se construye la subjetividad. Y en nuestra sociedad occidental y con el creciente proceso de globalización, la subjetividad sería cada vez más alterdirigida, menos interiorizada o introdirigida, y más volcada hacia la mirada ajena, debido a la proliferación de pantallas en las cuales construimos cada vez más lo que somos. Acá el prefijo «alter» se relaciona con estar orientado hacia los otros, hacia la mirada ajena (Sibilia, 2012).

Sin embargo, cabe subrayar que no se puede perder de vista que la subjetividad alterdirigida y las nuevas formas de construir lo que somos se basan en y necesitan del contacto con los demás para ser alguien.

En las comunicaciones y los juegos virtuales, por ejemplo, vivimos una experiencia de diferencia, multiplicidad, heterogeneidad y fragmentación. En las charlas mediadas por computadoras o en los juegos de rol –como los mud– las personas son capaces de merodear por muchos yoes.

En este sentido, es posible admitir hoy la idea de que Internet se ha convertido en un significativo laboratorio social para experimentar con las construcciones y reconstrucciones del yo (Giaccaglia, 2009: 140). Las personas pueden transitar por muchos yoes, por lo que es posible también entender Internet como un laboratorio social para experimentar múltiples yoes, experiencia que antes era difícil de imaginar.

En esta experiencia de subjetivación que posibilitan los entornos informáticos y los vínculos en la red se expresa la idea de subjetividad «no ya como estructura fija y cerrada, sino como organización emergente en un entramado de relaciones, como identidad provisoria en constante devenir». Se hace palpable la idea de la subjetividad como invención y devenir... quien deviene está en constante cambio y construcción, «arrancado de sí para ser otro, creando ficciones para inventarse a sí mismo» (*ibídem*).

Nos encontramos entonces con la idea de una «identidad múltiple», no como disociación de la personalidad sino como alegato para pensar la construcción de la identidad heterónima, al estilo de Pessoa, con la idea de una subjetividad, una vivencia interior heterogénea, diversa y contradictoria. Concepto que tiene su correlato en aportes de las ciencias sociales, desde la perspectiva de algunos sociólogos como Elliot, que estudian actualmente la evolución del concepto de «identidad-diversidad» y hablan de «identidades flotantes».

Otro rasgo de las subjetividades contemporáneas está definida a partir del consumo: los sujetos importan en tanto consumidores de bienes materiales, pero también de bienes simbólicos. Pues como lo afirma García Canclini (1995), «comprar objetos, colgárselos en el cuerpo o distribuirlos por la casa, asignarles un lugar en un orden, atribuirles funciones en la comunicación con los otros, son los recursos para pensar el propio cuerpo, el inestable orden social y las interacciones inciertas con los demás» (47). Este consumo simbólico constituye una de las marcas identitarias contemporáneas y en los nuevos sentimientos de comunidad que se perfilan en estas sociedades; también el derecho a exhibirse, el uso de marcas determinadas, son elementos que caracterizan las nuevas identidades.

El sí mismo como devenir: nadie se baña dos veces en las mismas aguas

*No hay uno de nosotros que no sea culpable de un crimen:
aquel, enorme, de no vivir plenamente la vida.*

SEXUS. HENY MILLER

Ya desde la antigüedad los presocráticos entrevieron el misterio del ser y la existencia. Heráclito fue el primero en sostener que lo primordial verdadero está en el devenir como principio lógico y el alma, que siempre fluye, representa la dimensión subjetiva del microcosmos, del ser humano que es conciencia o participación en el «logos» divino. (Mora Galiana, J., 2002: 791).

Heráclito –que debió nacer hacia 540 a. C– se considera la primera referencia histórica del devenir, pues para él la verdadera realidad de las cosas está en su hacerse, que es un des-hacerse en un ir siendo, en un dejar de ser. El alma representa la dimensión subjetiva y la existencia de toda idea de seguridad y firmeza de la existencia humana. Su principio dinámico es el «estarse haciendo y deshaciendo, la síntesis de contrarios entre el ser y el no-ser, ya que el moverse exige esa ruptura entre lo que se es y lo que se va a ser». La lógica de Heráclito se basa en el *panta rei* o todo fluye, en la que el ser es devenir en el tiempo (*ibídem*: 790).

Posteriormente, en la modernidad, se abandona esta idea del alma como la dimensión subjetiva y aparece la idea del sujeto moderno con una identidad fija, un pasado individual y una interioridad en la que la conciencia se entiende como el ámbito de lo interno y el mundo es entendido como representación y puede ser conocido, juzgado.

A mediados del siglo XIX surge una corriente de pensadores, los pensadores de la sospecha, que inician la deconstrucción de este sujeto, el *cogito* cartesiano, entre ellos Rimbaud, Nietzsche, Marx, Freud, que van a producir una suerte de descentramiento de esta idea inicial del sujeto moderno y ponen en duda el lugar del hombre y su conciencia como centro de la escena. Destacan la idea de que el hombre está determinado por circunstancias que la propia conciencia desconoce o que su conciencia

puede ser falsa y debe dudar de sus pensamientos: es el surgimiento de la sospecha con la que se abre una grieta en esa idea de sujeto libre, autónomo, racional y homogéneo, capaz de representarse el mundo y colocarlo bajo su dominio (Giaccaglia, M., 1995: 119).

La sospecha rompe con la vieja idea de sujeto como Yo, como unidad, hacia una idea de sujeto condicionado tanto por las relaciones sociales, como posteriormente por el fluir del inconsciente, las pasiones, el deseo, los sentimientos, el cuerpo. La irrupción de la sospecha da lugar a la emergencia del sí mismo como lo otro de sí y aparece la idea de hombre como sujeto dividido, al mismo tiempo libre y encadenado, y atravesado por el lenguaje y la cultura, sujetado por estructuras que desconoce.

Se destituye así la idea del sujeto cartesiano de la ciencia que dominaba y transformaba el mundo y toma fuerza la idea de un sujeto cosificado, alienado a la razón instrumental. La idea del «yo pienso» pierde legitimidad, y toma lugar otra idea de sujeto que permite la emergencia del sí mismo como lo otro de sí y se quiebra la identificación clásica ser-representación-pensamiento (Pardo, 1996: 141). El sujeto puesto en cuestión por los pensadores de la sospecha aparece convertido en objeto de disciplinamiento y control, a partir de las tecnologías de poder y las políticas de la vida, que fueron enunciadas en la sociedad disciplinaria.

Entonces, «lejos de un “retorno al sujeto”, nos encontramos en la historia de nuestro pensamiento con la introducción de un sujeto diametralmente diferente al sujeto trascendental» (Vignale, 2014: 124) –un sujeto constituyente–, hacia la idea de un sujeto constituido de acuerdo a determinados regímenes de verdad que nos configuran como individuos y las formas mediante las cuales el saber y el poder nos objetivan y codifican en los que somos, que Foucault denominó modos de objetivación y modos de sujeción que suponen otra relación con la verdad. Ahora bien:

Los modos de subjetivación expresan, en Foucault, un modo de resistencia. Aunque cuando decimos “resistencia” no debe entenderse lo que se encuentra «debajo» respecto de un poder opresor. En primer lugar, porque desde el punto de vista foucaulteano el poder no es algo que se ejerce en una única dirección. Pero consideramos que no sólo es resistencia, sino también un modo de insistencia de

la vida. La vida, cuya potencia propia es la de resistir e insistir sobre sí misma, se hace protagonista en sus últimos trabajos.

Se trata ahora de una subjetividad «que se constituye mediante ciertas prácticas, prácticas históricas que atraviesan y se imprimen en esa superficie de lo que somos. No se es, sino que se llega a ser [...] En ese marco, la subjetivación supone una constante transformación del sujeto, un constante devenir otro del que se es, en cuanto se encuentra en tensión con aquellas formas mediante las cuales se reclama que seamos conformes a los estándares de la ley y de la norma» (*idem*).

Así las cosas, y desde la mirada contemporánea del poshumanismo, el proceso de subjetivación tiene que ver no con un yo estático, sino con multiplicidades, con intensidades, con la unidad y la extensión de la estructura de un cuerpo; se trata de la producción de un modo de existencia que no se confunde con el sujeto, ni con la identidad, ni con la interioridad de un individuo: la subjetivación se produce mediante un devenir acontecimiento. «Llegar a ser el que se es, implica en cada transformación ese devenir propio de una atmósfera, de un momento, de unas condiciones» (Vignale, 2011: 83).

Esta idea de sí mismo como devenir, como cambio, se realiza plenamente en los procesos de subjetivación en la sociedad contemporánea. Ahora la subjetividad es un «sí mismo» que se autoconstituye a partir de su voluntad de poder, lo que hace referencia a un proceso de subjetivación que «implica abandonar la percepción centrada en el yo, para percibir “entre las cosas”» (*idem*: 84). Se trata de aquel que va siendo, es saberse pasajero y no un sujeto cuya identidad es concebida como un hecho consumado. Deleuze y Guattari hablan de este devenir humano también como un proceso de deseo:

Devenir es, a partir de las formas que se tiene, del sujeto que se es, de los órganos que se posee o de las funciones que se desempeña, extraer partículas, entre las que se instauran relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y de lentitud, las más próximas a lo que se está deviniendo, y gracias a las cuales se deviene. En este sentido, el devenir es el proceso del deseo (citado por Vignale, 2011: 82).

Es así como las ideas de autores antiguos como Heráclito y modernos como Nietzsche cobran actualidad, cuando se concibe el convertirse en lo que uno es como afirmar el devenir, que implica multiplicidad: todo deviene, todo es devenir y nadie puede bañarse dos veces en las mismas aguas, pues no somos los mismos, ni el río es el mismo. «Llegamos a ser lo que somos, en una constante producción y transformación de las multiplicidades, del paso por los tantos cuerpos en el propio cuerpo. Cualquier cosa, lo más inesperado o insignificante, puede precipitarnos en un devenir» (*ibídem*: 82). «Somos en tránsito, revistiéndonos cada vez del juego de fuerzas presente en las relaciones que nos atraviesan» (Vignale, 2014: 125).

Referencias

- Castro, S. (2007). Noopolítica y sociedades de control: las subjetividades contemporáneas en Mauricio Lazzarato. En *Miradas sobre la subjetividad*, pp. 21-38. Universidad La Salle: Bogotá.
- Corea, C. y Lewkowicz, I. (1999). *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen.
- Esteniou, Javier. (2003). La Revolución del ciberespacio y la transformación de la sociedad de principios del siglo XXI, En revista *Razón y palabra*, No. 36, diciembre-enero de 2003. Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n36/jesteinou.html>
- Fabris, Fernando A. (2011). La subjetividad colectiva como dimensión psicosocial del proceso socio-histórico y la vida cotidiana. Su análisis a través de los emergentes psicosociales. En: *Hologramática* –Facultad de Ciencias Sociales, UNLZ– Año VII, 1, No. 15, pp. 23-42. Recuperado de: www.hologramatica.com.ar.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores. Reimpresión 2002.
- _____. (1998). *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona: Gedisa Editorial. Cuarta conferencia.
- Giaccaglia, M. A., Méndez, M. L., Ramírez, A., Santa María, S., Cabrera, P., Barzola, P., Maldonado, Martín. Sujeto y modos de subjetivación. En *Ciencia*,
- Lewkowicz, I. (1999). La noción de subjetividad. Universidad Nacional de Córdoba – Maestría en Intervención e Investigación, Seminario Dimensión

Grupal (notas inéditas). Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/159972761/LEWKOWICZ-La-nocion-de-subjetividad>.

Martínez Posada, J., Neira Sánchez, F. Comp. (2009). *Miradas sobre la subjetividad*. Bogotá: Universidad de la Salle

Mora Galiana, J. (2002). Sócrates y los presocráticos desde Ignacio Ellacuría. En: *Realidad*, 90, No. 2, pp. 782-821. Recuperado de: <http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4d23ad6bad380socrates.pdf>

Pardo, J. (1996). El sujeto inevitable. En Cruz, M., *Tiempo de subjetividad* (pp. 133- 154). Barcelona: Paidós.

Ríos Rozo, C. (2008). La configuración contemporánea de subjetividades. El tránsito de la sociedad disciplinar a la sociedad de control. Tesis de grado. Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Rueda Ortiz, R. (2012). Educación y cibercultura en clave subjetiva: retos para re(pensar) la escuela hoy. *Revista Educación y Pedagogía*, 24, No. 62, enero-abril.

Santiago, G. (2008). Sociedades de control (artículo periodístico). En: *La Nación*, sábado 27 de septiembre, s. p. Recuperado de: <http://www.lanacion.com.ar/1052778-sociedades-de-control>

Sibilia, P. (2012). Yo narrador y la vida como relato. En: *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sibilia, P. (Entrevista) por Gabriel Latorre (2012). *Boletín de novedades educativas*, No. 64. La incompatibilidad de la Escuela con la subjetividad contemporánea. Recuperado de: <http://www.fundacionluminis.org.ar/biblioteca/>

boletin-de-novedades-educativas-n64-entrevista-a-paula-sibilia-la-incom-
patibilidad-de-la-escuela-con-la-subjetividad-contemporanea.

Vignale, S. (2011). Cómo se llega a ser el que se es. Hacia una subjetividad pos-
humana. En revista *Perspectivas metodológicas*. Centro de Investigaciones
en Teorías y Prácticas Científicas de la UNLA. Año 11, No. 11. Noviembre
de 2011. pp. 73-96.

_____. (2014). Políticas de la subjetividad, subjetivación: actitud crítica y
ontología del presente en Michel Foucault. Tesis de doctorado (en Línea).
Universidad Nacional de Lanús. Departamento de Desarrollo Productivo y
Tecnológico. Recuperado de: http://www.repositoriojmr.unla.edu.ar/download/TE/DFilo/035009_Vignale.pdf

